

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE 85

Quito-Ecuador, Abril del 2012

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo de Coyuntura: Protesta social y reactivación de la oposición política / 7-24

Conflictividad socio-política: Noviembre 2011-Febrero 2012 / 25-34

TEMA CENTRAL

El reino (de lo) imaginario: Los intelectuales políticos ecuatorianos
en la construcción de la Constitución de 2008

Pablo Andrade A. / 35-48

Los intelectuales en su laberinto (la ilusión de lo político)

Roberto Follari / 49-58

Gramsci y los intelectuales

Hernán Ibarra / 59-72

La desvinculación social y el intelectual disidente

Osmar Gonzales Alvarado / 73-84

Intelectuales indígenas ecuatorianos: tensiones y desafíos
ante el sistema educativo formal

Alejandra Flores Carlos / 85-100

Gobernabilidad y autonomía. Dos cuestiones claves para el estudio
de los profesionales y expertos

Ricardo González-Leandri / 101-110

DEBATE AGRARIO-RURAL

Comunidades y territorio en la Costa del Ecuador

Rafael Guerrero / 111-136

2 Índice

ANÁLISIS

Condición laboral y proyecciones culturales en San Andrés, cantón Guano
Juan Fernando Regalado / 137-154

La derrota de las organizaciones socialistas en México (Estado de Hidalgo)
1917-1942

Pablo Vargas González / 155-174

RESEÑAS

San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio / 175-178

Runakunaka ashka shaikushka shinami rikurinkuna, ña mana tandanakunata
munankunachu: la crisis del movimiento indígena ecuatoriano / 179-182

Los intelectuales en su laberinto (la ilusión de lo político)

Roberto Follari

Los intelectuales provenientes de las Ciencias Sociales y las Humanidades se hallan sometidos a regímenes de visibilidad para una minoría e invisibilidad para la mayoría. Existe la suposición de que los intelectuales ejercen el pensamiento crítico, ignorando a aquellos que se sitúan en otra orilla o asumen funciones pragmáticas. En realidad, los intelectuales están siempre avocados a una intervención en la política que va más allá de los espacios académicos donde operan otras reglas.

Empecemos por tratar de especificar qué entendemos por “intelectuales”. A menudo encontramos, al respecto, conceptualizaciones cuasi-metafísicas, como aquellas que ligan esa categoría a la de “pensamiento crítico”; de tal manera, pareciera que todo intelectual es crítico, y todo aquel que no lo fuera no lo sería. Obvio es señalar que la criticidad no es sólo propiedad del intelectual, e importa subrayar incluso que ella se produce –cuando aparece en los intelectuales mismos– como función de una condición social que los excede. Al respecto, obras como la de Sohn Rethel han mostrado sobradamente en qué me-

didada el concepto es una producción que se da en el campo de lo social-material, y sólo secundariamente es asumido por los intelectuales.¹

A la vez, no todo intelectual habrá de ser necesariamente crítico, al margen ahora de la especificación de que cabe entender cuando se habla de *criticidad*. Lo cierto es que debiera buscarse un concepto menos evanescente de qué se entiende por intelectuales, y hacerlo a partir de alguna condición de práctica social que los especifique.

En este sentido, diríamos que intelectuales son –en un sentido específico, no en el más amplio que mentara Gramsci²–

-
- 1 Ver de A. Sohn Rethel, *Trabajo manual y trabajo intelectual*, ed. del Viejo Topo, Bogotá, 1980; a su respecto, Oscar del Barco: “Concepto y realidad en Marx” (tres notas) en *Dialéctica*, No. 7, Univ. Autónoma de Puebla (México) dic. 1979; y R. Follari, “Los rostros de Sohn Rethel”, *Herramienta*, No. 44, Bs. Aires, julio 2010.
 - 2 H. Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, México, 1979.

aquellos que trabajan profesionalmente como docentes, profesionales, investigadores y/o escritores en el plano de las ciencias sociales, las humanidades y la literatura. Es decir, aquellos que realizan una práctica social cuya finalidad explícita es el análisis de las actividades sociales y sus efectos en la subjetividad humana.

Si bien, como todo concepto, la especificación de sus bordes y límites puede resultar borrosa, lo que nos importa destacar es que los intelectuales no son sólo los “intelectuales destacados”, que es aquello con lo que solemos identificarlos. Intelectuales son, por ejemplo, todos los que se dedican en niveles superiores a la Filosofía (universidades, centros de investigación); no solamente lo han sido Sartre o Foucault. Estos son sólo los que han alcanzado mucha visibilidad, pero ello no los califica como los únicos, ni deja de implicar que existen miles y miles de hombres que se han formado de manera similar a ellos, han recorrido parecidas instituciones, han cobrado en las mismas listas de sueldos compartidas, y sin embargo están fuera del horizonte de visibilidad. De ello, justamente Foucault mucho nos enseñó: los regímenes de visibilidad son enormemente selectivos. De tal manera, los intelectuales destacados son sólo la punta del iceberg de todos los que ejercen esa función.

Cabe a la vez señalar una cierta subdivisión entre quienes provienen de la Fi-

losofía y las Ciencias sociales, diferenciadamente de quienes están ligados a la Literatura y la crítica literaria. Si bien la distinción entre Ciencias Sociales y Humanidades ha sido repetidamente recusada en los últimos tiempos³, entendemos que la lisa y llana eliminación de la diferencia epistemológica entre ambas tiene efectos contraproducentes, que tienden a transformar malamente la ciencia social en ensayismo y llevan a que se pierda la exigencia tanto en la densidad teórica como en la base empírico-metodológica de la ciencia social.⁴

Lo cierto es que los intelectuales con más llegada pública suelen ser los literatos, en función de que su producción cuenta con una difusión masiva. Además, lo suyo es una rémora de la época previa a la diferenciación modernizada de los roles dentro del campo intelectual; en el siglo XIX es notorio que los novelistas solían a su vez ser políticos y ensayistas (es decir, que escribían sobre aquellos temas de los cuales luego diera cuenta la aparición y emergencia latinoamericana de las ciencias sociales).

Ello promueve no sólo que los literatos sean masivamente reconocidos –lo cual es mucho más raro que ocurra para alguien que provenga de la filosofía o las Ciencias Sociales–, sino que se les adscriba un curioso halo de sabiduría, a partir del cual sus opiniones son tomadas en cuenta aún cuando fueran –desde el punto de vista del actual desarrollo cien-

3 Esto es advertible en las posiciones de I. Wallerstein reiteradas en sus últimos libros, entre ellos *Conocer el mundo, saber el mundo*, Siglo XXI, México, 2002; y en las posturas de los autores poscoloniales o subalternistas (algunos de ellos, hoy “decoloniales”), por ejemplo E. Lander., (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO- UNESCO, Bs. Aires, 2000.

4 Lo desarrollo en R. Follari, *Teorías débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*, Homo Sapiens, Rosario, 2002.

tífico- obsoletas o simplemente erróneas. Ese halo de “adscripción de sabiduría” hace a casos como el de Ernesto Sábato (fallecido en Argentina en el año 2011), quien tuvo cierta aquiescencia inicial con la dictadura de Videla, pero ello sólo fue advertido por aquellos muy ligados a la actividad política, de modo que primó la idea de que había sido un opositor a esa feroz dictadura⁵; el de Vargas Llosa, cuyo primitivo neoliberalismo no resiste el más mínimo análisis –siquiera de los partidarios del mismo neoliberalismo– en cuanto saga de elementales principios “de catecismo”, pero cuyo prestigio no se ha visto horadado en absoluto por esa razón; o el que tuviera el ex Premio Nobel Octavio Paz, quien de alguna manera ligara la dura represión que el Estado mexicano lanzara en 1968 contra el movimiento estudiantil a la mitología azteca del eterno retorno de los tiempos y los sacrificios humanos pre-coloniales.⁶

La presunción de pureza

Los intelectuales tendemos a cierto platonismo intrínseco el cual sería nuestra “ideología espontánea”, tomando prestado un viejo concepto de Althusser. Acostumbrados a la velocidad de la mente, en la cual las mediaciones de la

realidad son simplemente ignoradas y suprimidas; a los pensamientos que como objeto tienen otros pensamientos, previos o contemporáneos; a no tener que lidiar con los inconvenientes y las durezas de la realidad material inmediata, tendemos a una autoconciencia según la cual somos “funcionarios de la humanidad”, miembros de una especial cofradía dedicada a predicar el bien, jueces implacables de aquellos que, embarrados diariamente en el funcionamiento concreto de lo mundano, no cumplen con las exigencias éticas y conceptuales que podemos nosotros sostener.

Partamos de que los intelectuales rara vez tenemos responsabilidades de gestión; cuanto más elevado sea nuestro lugar en la impronta propiamente intelectual, menos acudiremos a asumir cargos políticos o gestionales. Nuestro desconocimiento de los mismos, de sus obligaciones y exigencias intrínsecas, es proverbial. Lo cual para nada suele hacer que dejemos de ser implacables al juzgar a los actores sociales; juzgamos a presidentes, a ministros de seguridad como si supiéramos cómo manejarse con el hampa o con la policía, juzgamos ministros de salud como si tuviéramos idea de cómo se establecen las prestaciones o cuáles son los parámetros inter-

-
- 5 Sábato concurrió complacido a la reunión a que fue invitado por el dictador Videla a pocos días de instalarse como presidente; también tuvo varias veces palabras elogiosas para quienes –él creyó– venían a imponer la paz y la ley contra “los dos extremos” violentos del sistema político. Es una postura que compartían por entonces buena parte de los sectores medios argentinos. Su posterior rechazo a la dictadura cuando se supo abiertamente de sus crímenes, y la actividad que tuvo en la Comisión que dio lugar al informe *Nunca más*, hicieron que aquella postura inicial pasara casi desapercibida.
 - 6 Por cierto que tenemos respeto por las ceremonias y creencias de los pueblos prehispánicos; aquí sólo queremos resaltar el uso contemporáneo de esas creencias para justificar posiciones ideológicas relativas al presente o al pasado inmediato.

nacionales al respecto; evaluamos ministros de trabajo como si fuéramos expertos en negociación o en mediación de conflictos de alta intensidad. Juzgamos ministros de Economía sin —a menudo— haber resuelto algún problema importante de economía práctica, y así siguiendo.

Es decir: el intelectual rara vez realiza actividades práctico-gestionales, pero está puesto en el lugar de quien puede (y debiera) evaluarlas en sus estudios o sus opiniones públicas. El resultado es esa rara asimetría entre hacedores y teóricos que Marx criticara ya hace siglo y medio como problema de la división social del trabajo, el cual para nada ha sido superado.⁷

Esta escisión que hace de los intelectuales dueños de opinión legitimada sobre aquello que no conocen en su racionalidad intrínseca, lleva —como es obvio— a distorsiones notables en aquello que se opina. Generalmente se confunde el “deber ser” con el ser mismo, y por ello se compara a la realidad con un mapa ideal frente al cual tal realidad queda por completo demeritada. De tal manera, el intelectual suele pintar una condición posible que la realidad concreta a menudo no está en condiciones de sostener.

Pero no es menor también la distorsión *ética* que se produce. El intelectual no suele advertir la muy diferente situación que lo afecta a él con la que afecta

a otros trabajadores o gestores, ya sean privados o estatales. Las universidades y los centros de investigación científica proponen la libre expresión, la palabra autónoma, como un principio constitutivo de su funcionamiento. El gran aporte latinoamericano de la autonomía universitaria (legado en la primera parte del siglo XX) ratificó a plenitud la noción de “libertad de cátedra”. A los intelectuales se les paga para que piensen sin restricciones; y salvo momentos de dictaduras o gobiernos hiperautoritarios, ellos cuentan con garantías para decir lo que mejor les parezca sin restricciones por cuestiones de ideología o de toma de partido en la opinión.

Por esto mismo, la actividad intelectual está salvaguardada de aquello que no lo están quienes trabajan en otro tipo de tareas. Un periodista tiene enormes limitaciones puestas por los dueños del medio en que trabaja, no es libre de opinar “lo que quiera” como sí lo es el científico social. Un trabajador de cualquier empresa sabe que está obligado a no demeritar públicamente a la empresa donde trabaja; un trabajador del Estado no puede revelar muchas de las actuaciones administrativas que pasan por sus manos, salvo que esté dispuesto a perder su empleo. Hay una enorme vulnerabilidad de las condiciones en que la mayoría de los ciudadanos de una democracia parlamentaria actual podrían opinar. Pero las más de las veces esas restriccio-

7 La división social del trabajo se ha mantenido en todos los socialismos realmente existentes. El único intento serio en dirección de superarla fue el de Mao Tse Tung con la Revolución cultural, que no fue exitosa en un país con millones de campesinos con escasa educación formal, pero que estuvo lejos de la caricatura que de ella hizo Bertolucci (acorde a mucho del pensamiento occidental) en su film “El último emperador”.

nes no afectan a los intelectuales; por el contrario, está mal visto de parte de éstos que falten al canon del pensamiento autónomo y la toma de distancia en relación con lo establecido.

Por ello los intelectuales pueden ser muy duros en su consideración ética hacia quienes no están en condiciones de ejercer –como ellos- libertad intelectual y juicio propio. Como las “condiciones procesuales de producción” del juicio no son evidentes para aquellos que las vivimos de manera espontánea y cotidiana, los intelectuales tendemos a exigir a quienes tienen otras condiciones, que muestren los niveles de independencia que nosotros podemos ejercer.

Ello redundará en una esperable “condición ética superior” que se adscriba a los intelectuales (precisamente su capacidad intrínseca de “pensamiento crítico” a que hemos aludido en el comienzo de este trabajo). A menudo diferentes sectores sociales asumen como real esa supuesta superioridad de quienes realizan trabajo intelectual, dada en parte por condiciones de posibilidad que le están vedadas a la mayoría de sus conciudadanos.

Por cierto que estas condiciones de libertad institucional de ejercicio de la palabra son condición necesaria pero no suficiente de un juicio crítico frente a los diferentes poderes que atraviesan lo social. Muchos intelectuales, a pesar de todas esas posibilidades, siguen atrave-

sados por el *sentido común ideológico dominante*. Otros prefieren la comodidad de no entrar en conflictos con lo establecido, o de conseguir buenas condiciones profesionales y laborales a partir de su adscripción al capitalismo, al valor de lo empresarial o a las vicisitudes del marketing.

La política de lo imposible

Podría decirse, para definirlo de una vez, que aquellos intelectuales que sí asumen que opinarán sobre lo político y que –consecuentemente- pretenderán sostener un rol específicamente político desde sus tomas de partido conceptuales, a menudo son partidarios de una política imposible, de modo que, en los hechos, para ellos *la mejor política es la que nunca se hace*.

Es que las impurezas de la realidad repugnan a estos intelectuales acostumbrados al análisis hecho desde su singular posición social. He trabajado largamente esta cuestión en un libro dedicado al tema⁸; allí señalo cómo los intelectuales, en nuestro propio campo, reproducimos muchas de las conductas que criticamos en el espacio de lo político.

Es decir: 1. Los intelectuales tenemos una intervención política vicaria, pues la lógica de lo político como mediación sólo se hace patente a quienes practican lo político o están muy cercanos a quienes la practican. La política nunca es una simple continuidad de las propias intenciones, pues es un juego colectivo de

8 Ver *La selva académica (los silenciados laberintos de los intelectuales en la Universidad)*, Homo Sapiens, Rosario, 2008.

múltiples (indefinidos, incluso) actores, más cercano a un juego colectivo de naipes que a la lógica de un crucigrama al que se responde individualmente; 2. Por ello, el juzgar lo político desde posiciones ideológico-abstractas que niegan la mediación, conlleva una crítica difusa e indeterminada, incapaz de advertir los mecanismos de lo político en cuanto tales; 3. Esta inadecuación es percibida por el intelectual como de exclusiva responsabilidad de la política y los políticos, los cuales “no estarían a la altura” de las exigencias que el pensador plantea desde la exigencia teórica; por lo tanto, la inadecuación ratifica, para la conciencia del intelectual, la superioridad del intelectual sobre otros actores sociales; 4. El intelectual, sin embargo, al interior del específico campo de poder en que se inscribe (el de las instituciones universitarias y/o de investigación) promueve mecanismos de poder (exclusión de terceros, manejo escondido de información, arreglos secretos con autoridades, autofavorecimiento sistemático, etc.) que son –a su propia escala– los mismos que critica de los políticos o los empresarios. La diferencia es que estos mecanismos no aparecen expuestos en los medios masivos, de modo que los intelectuales no se ven desprestigiados como los políticos u otros actores sociales.

Si lo que afirmamos es cierto, podremos señalar que la buena conciencia de que gozamos los intelectuales es a menudo ilusoria y puramente ocultativa. Nos sentimos bien porque no somos conscientes de nuestros propios mecanismos.

Vemos la paja en el ojo ajeno, nunca la viga en el propio. Nos sentimos el espacio lúcido y éticamente rescatable de la sociedad, sin hacernos cargo ni de nuestras propias lacras, ni de la incapacidad que tenemos para captar la singularidad de las condiciones que otras prácticas suponen (y queremos aquí destacar la práctica específicamente *política*).

Es aquí que rescatamos nuestro concepto de “ideología 2”, desarrollado previamente.⁹ Los intelectuales portamos una relación imaginaria con nuestra propia ideología (parafraseando nuevamente a Althusser, quien tanto aportó en estos temas). Si la ideología de nivel 1 es una representación de la relación imaginaria con las condiciones de producción, este nivel 2 implica que podemos ser lúcidos en cuanto a los mecanismos productores de ideología, pero a la vez no serlo sobre cómo ellos nos afectan personalmente. De tal manera, solemos creer que basta con “pensar de manera crítica”, o pensar contra el capitalismo, para que en la práctica seamos efectivos opositores del mismo. Solemos creer, tal cual es propio de nuestro *habitus* que sobrevaleora lo intelectual, que los contenidos de conciencia son aquellos que efectivamente dominan nuestros actos. Creemos ser una deducción de lo que pensamos, y no, como a menudo Freud ha mostrado, que lo que pensamos es en verdad una especie de tapadera defensiva frente a aquello de nosotros mismos que no podemos mostrarnos.

De tal manera “soy donde no pienso”, como dijera Lacan. Lo que efec-

9 *La selva académica*, pp. 83 y ss.

tivamente realizamos suele ser muy distante de aquello que nos imaginamos; y nosotros nos juzgamos a nosotros mismos (benévolamente) y a otros (en muchos casos negativamente) a partir de lo que imaginamos. De tal manera, nuestra ideología explícita –con la cual solemos identificarnos a nivel conciente– no es la que dirige nuestros actos; al menos no es la que los dirige mayoritariamente, y mucho menos linealmente.

Esto afecta a las izquierdas ideológicas muy claramente; por cierto que también a las derechas, pero éstas conceptualizan la ideología de un modo mucho más elemental, de modo que su transgresión resulta más obvia y banal. Desde la izquierda solemos asumir una cierta “astucia de la razón”, somos pensadores de la sospecha. Pero la sospecha debiera afectarnos más decididamente en relación con nosotros mismos: una mirada a nuestras prácticas institucionales y a nuestra habitual impotencia política, diría mucho sobre nuestras propias lacras y limitaciones.

Lo dicho afecta especialmente a cierto “izquierdismo infantil” (Lenin *dixit*) muy propio de algunos intelectuales y colectivos universitarios. La incompreensión rampante de toda mediación política; de cuestiones como relaciones de fuerza, tiempos, tácticas y estrategias, alianzas, astucias y silencios, etcétera, lleva a confundir la política con los fines ideológicos, sin más. Y si bien es cierto que los medios no son indiferentes respecto de los fines, desde Maquiavelo se sabe bien que la política no es una simple clave de transmisión de los valores que ella persigue; de manera que si no se entiende que las tácticas o los acuer-

dos son a menudo imprescindibles, y se cree que cuanto más radicalizado sea el lenguaje mejor se estará situado ante la población, se impide pensar lo *político propiamente dicho* reemplazado por la finalidad de esa actividad, por la sola predicación de los valores ideológicamente perseguidos.

Dicho de otra manera, no es sólo pregonando los fines últimos buscados, que se hace política; a menudo se requiere mediaciones por las cuales esos fines pueden quedar momentáneamente opacados. No otra cosa hizo, por ejemplo, Fidel Castro cuando junto al Movimiento 26 de Julio llevó adelante el levantamiento que acabó en la revolución cubana. Si Fidel se hubiera proclamado comunista desde el primer momento ante toda la población, probablemente la victoria no hubiera acontecido, pues los aliados moderados de la revolución se hubieran vuelto en contra de la misma. La política exige esa clase de astucias; cada uno podrá evaluarlas mejor o peor desde el punto de vista ético, pero lo que no puede hacerse razonablemente es imaginar que la política pudiera funcionar con una transparencia que fuera ajena a esas mediaciones y opacidades, de modo de suponer una posibilidad fáctica que no existe, y que lleva a quienes la asumen al fracaso político permanente.

No es raro encontrar estas posiciones en quienes se oponen actualmente a gobiernos latinoamericanos que no son claramente anticapitalistas, pero que han puesto fuertes límites a la libre decisión y acción del capital. Se critica a esos gobiernos desde el pedestal de finalidades ideológicas que están totalmente fuera

de cualquier posibilidad efectiva de aplicación desde relaciones de poder existentes. Por ello, se critica a la política desde la *antipolítica*, por más que quienes se sitúan en este último espacio crean hablar en nombre de lo político.

La caída en el mundo

Es cierto que lo que venimos diciendo no afecta por igual a todas las sociedades. Dentro de las latinoamericanas es evidente cómo la mayor diferencialidad de las especialidades y roles (es decir, los efectos de la modernización social en sentido weberiano) implica mayor presencia de los mecanismos que venimos discutiendo; éstos no están tan presentes en países con economía y cultura menos modernizadas.

En casos como los de Venezuela y Ecuador, no es difícil ver académicos que son ministros, y luego ministros que vuelven a su actividad académica. En esos casos, política y ciencia social están menos alejadas entre sí, de modo que el paso de un espacio al otro es relativamente fluido.

Pero ello es menos evidente en países como, la Argentina. Allí, pocos intelectuales de fuste han alcanzado lugares políticos de importancia. Incluso en algunos casos, los sitios obtenidos han sido sólo trampolines para obtener mayor peso dentro de la política intraacadémica.

No afirmamos que en los países con menor diferenciación entre actividades con criterios a su vez diferenciados de

evaluación, no ocurran los fenómenos que hemos venido diseccionando. Creemos que allí también estas situaciones se dan; sólo estamos afirmando que esto es aún más marcado y más prístino en los países en que la diferenciación es más clara, y donde la separación de criterios está más impuesta.

Aparte de ello, importa insistir en la escasa aceptación que gobiernos latinoamericanos actuales, especialmente los que podemos denominar *neopopulistas*¹⁰, alcanzan en los sectores intelectuales. Éstos mayoritariamente rechazan, desde su habitus de clase y de profesión, los modos de representación que incluyen el líder carismático, las formas de presencia en la lucha que expresan afecto y rituales, la mitología popular que acompaña al líder y su movimiento político, la aplicación expresa de la relación de fuerzas a la hora de dirimir políticas. El consensualismo chirle o una forma ideal del conflicto de clases, se llevan mejor con la academia; la idea de que la política sería parecida al debate intelectual está en el fondo del rechazo que muchos intelectuales muestran hacia aquellas políticas donde se combate –si bien de un modo hoy necesariamente parcial y gradualista– al capital.

Así, gobiernos como el ecuatoriano o el ecuatoriano son atacados por intelectuales de sus propios países o de otros del subcontinente, en el entendimiento de que en ellos se darían la demagogia, la manipulación de la opinión masiva, el supuesto autoritarismo del líder.

10 Sobre la especificidad de estos movimientos, ver E. Laclau, *La razón populista*, F.C.E., Buenos Aires, 2005; R. Follari, *La alternativa neopopulista (el reto latinoamericano al republicanismo liberal)*, Homo Sapiens, Rosario, 2010.

Poco importa que en lo social estos gobiernos –casos también de Argentina y Bolivia– hayan alcanzado éxitos importantes desde el punto de vista macroeconómico, y sobre todo en la distribución social del producto; así como importantes bajas en índices de pobreza, indigencia y desocupación. Igualmente muchos intelectuales verán allí el fantasma de lo anti-ilustrado, de aquello que no podría tolerarse. Y allí destilan tanto la imposibilidad de entender el habitus de clase de otros sectores sociales, sus motivaciones y modalidades de interés y de manifestación, tanto como la ignorancia de la política en su singularidad; ignorancia de la necesidad de imposición y de concentración de poder político para enfrentar a los poderes fácticos (Iglesia, empresarios, embajadas imperiales, medios masivos privados). No es con debate, no es con buenas maneras como se puede doblegar intereses establecidos; a pesar de lo cual muchos siguen creyendo que los “buenos modales” del parlamentarismo a la Habermas serían lo único admisible a la hora de la práctica política, como si ésta fuera una continuidad homogénea de las conversaciones entre amigos o entre académicos.

Mucho hemos dicho en crítica del rol de los intelectuales. Vaya sin embargo una necesaria reflexión final. Bienvenidas sean la autonomía universitaria y la libertad de expresión y de opinión que ella garantiza; valdrá la pena defenderlas a fondo y sostenerlas. No es deseable

una sociedad donde parejamente todos tengan sujeciones laborales que les impidan la libertad de opinión, sino una donde todos parejamente cuenten con las libertades con que hoy cuentan los intelectuales para opinar. De tal modo, la distorsión según la cual los intelectuales juzgamos a terceros, podría alguna vez desaparecer; sería cuando desaparecieran las condiciones materiales que hacen de los intelectuales ciudadanos especiales, con condiciones de emisión discursiva que no les son concedidas al resto de la población.

Ante los ataques que la Universidad sufre por quienes entienden que está “fuera de la realidad” (si bien nunca el conocimiento es una copia o una representación simple de lo que aparece en la realidad, tal cual demostró Bachelard)¹¹ vale la pena defender decididamente la institución, con todas las limitaciones que ella tenga y las reformas que merezca. De ninguna manera podemos asumir que la universidad pueda ser gradualmente reemplazada por la empresa como espacio de producción del conocimiento, tal cual hemos advertido se intenta desde el capitalismo central.¹² Por ello, lo que hemos dicho de ningún modo va contra la universidad como institución. En todo caso, sólo marca algunos criterios desde los cuales pensar algunas modificaciones posibles en su funcionamiento.

Y, por supuesto, buscar los límites de la percepción de los intelectuales no significa negarles pertinencia, ni sumarse al

11 G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, México, 1979.

12 M. Gibbons, M. (comp.), *La nueva producción del conocimiento*, Pomares/Corredor, Barcelona, 1994.

coro derechista de quienes buscan desprestigiar la crítica social que asocian con dichos intelectuales. Nos ocupamos de pensar, en todo caso, la posibilidad de una mayor efectividad de esa crítica, de una mayor articulación con la política práctica, de una mayor fuerza en la relación con la realidad social.

Pero es de enfatizar que aún con sus altibajos y sus matices, la voz de los intelectuales sigue siendo necesaria en el concierto social. Los portadores de esa

voz tienen mucho por aprender, en mucho *tenemos* que hacerlo; pero ello será para que la posibilidad de libertad de pensamiento crítico pueda derivar en cambios sociales efectivos. De ningún modo para acallar esta voz disidente, que algunas veces puede desafinar, pero que en todo caso sirve para hacerlo de un modo *invertido* en relación con los desafinamientos que el pensamiento pragmático establece en el espacio mayoritario de lo social.